

La Iglesia y su esperanza

F. A. Tafford

Ecclesia
El Espíritu Santo
Esta dispensación
La esperanza
La gran tribulación
Otra teoría
El retiro
La venida al aire
La trompeta
Historia
Un arrebatamiento incondicional
Escrituras mal interpretadas
Después del raptó

Ecclesia

Tres años del ministerio público del Señor habían pasado cuando en Cesarea de Filipo el Cristo lanzó a sus discípulos un gran reto, preguntando: “¿Quién decís que soy yo?” Mateo 16:15. Él iba a revelar los detalles de su muerte, resurrección y segunda venida, pero la respuesta que recibió de Simón Pedro dio ocasión a otra gran revelación. Pedro había dicho: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Así, el Señor declaró que “sobre esta roca edificaré mi iglesia”. La Roca era aquella persona a quien Pedro había confesado, y debemos notar que este vocablo se emplea en las Escrituras siempre con referencia a Dios y nunca como figura del hombre.

Es evidente que en aquella ocasión la Iglesia quedaba todavía en el futuro. Es cierto que la palabra que Cristo empleó, *ecclesia*, significa simplemente una asamblea de gente, y que tiene este sentido varias veces en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, no hay una idea teológica en el uso de la palabra en Hechos 7.38, donde se habla de Israel como una congregación o *ecclesia* en el desierto. Es así también en 19.39 donde el secretario del municipio había de decidir una cosa “en legítima asamblea”, y luego “despidió la asamblea” o *ecclesia* de gente que se había reunido sin haberlo propuesto con anterioridad. En Hebreos 2.12 el escritor cita el Salmo 22 y emplea el mismo vocablo al decir que “en medio de la congregación te alabaré”.

Pero en Cesarea de Filipo nuestro Señor le dio a la palabra un sentido nuevo y técnico, el cual se ha mantenido sin cambio hasta ahora. Excepto donde se refieren claramente a una reunión corriente de personas, los escritores del Nuevo Testamento emplean el término para referirse a todos los creyentes en general, y también para referirse a las congregaciones de los mismos en un lugar en particular. Por ejemplo, Hechos 12.1 se refiere al pueblo del Señor en general al decir que Herodes echó mano a algunos de la iglesia para matarles. El mismo sentido está en 1 Corintios 15.9, donde Pablo dice que perseguía a la Iglesia de Dios. En cambio, se trata de una y otra congregación específica en Hechos 8.1 y 11.22 al hablar de “la iglesia que estaba en Jerusalén”, y en 9.31, “las iglesias tenían paz”.

El Espíritu Santo

En Efesios 1 el apóstol describe la Iglesia como el cuerpo de Cristo, y dice que era un misterio escondido en Cristo en las edades anteriores pero revelado ahora por el Espíritu Santo. No se había hecho una referencia directa a ella en el Antiguo Testamento, ni había allí una profecía acerca de la misma. Hasta la muerte de Cristo, parecía que los propósitos de Dios estaban concentrados en Israel. Ahora, en cambio, en esta era los gentiles son coherederos con los judíos, y en el plan divino se hace caso omiso de todas las diferencias nacionales y raciales, Efesios 3.6.

El judío y el gentil son bautizados por el Espíritu en un cuerpo, 1 Corintios 12.13, y aquel “cuerpo” no es simplemente un grupo de creyentes sino un organismo vivo. Es más, en este organismo mora Cristo, la esperanza de gloria, Colosenses 1.26,27.

Al venir sobre el grupo de hombres y mujeres reunido en el aposento alto en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo formó la Iglesia de Jesucristo. No había Iglesia antes del descenso del Espíritu. Los discípulos judíos se habían unido en torno de Cristo, pero como particulares, en los días de su ministerio terrenal, y así Él les preparó para la introducción de la dispensación actual.

Cuando se reunían día tras día en aquel salón, eran un conjunto de personas particulares. Pero, venido el día de Pentecostés, el Espíritu vino sobre ellos, y los unió en un solo cuerpo, la Iglesia de Jesucristo.

El Espíritu vino para crear la Iglesia, para ser el vínculo de su vida. Desde aquella ocasión hasta ahora, los seres humanos pueden entrar en la Iglesia sólo por la nueva creación de parte del Espíritu. ¹

En dispensaciones anteriores, el Espíritu Santo venía sobre personas específicas para equiparles para tareas específicas. Tenemos como ejemplos el caso de Bezaleel, “lo he llenado del Espíritu de Dios”, Éxodo 31.3, y el de Ezequiel, “entró el Espíritu en mí”. De la misma manera, Él venía para habilitar a uno u otro para dar un mensaje, como en el caso de Jahaziel en 2 Crónicas 20.14 cuando “vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión”. El Espíritu venía también para dar una revelación en un momento dado, como cuando elevó a Ezequiel a ver por la puerta, 11.1.



Así, vemos que venía en ocasiones específicas, pero se iba al terminarse el proyecto; Números 11.25, Jueces

14.6. En esta época presente, en cambio, el Espíritu Santo mora en cada creyente en particular: “... el Espíritu de Dios mora en vosotros”, 1 Corintios 3.16; “... vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo”, 6.19. Además, mora en la Iglesia colectivamente: “Vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”, Efesios 2.22.

Esta dispensación

La dispensación actual comenzó en el día de Pentecostés, como dio a entender Pedro cuando dijo en Hechos 11.15 que “cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio”. En los tiempos presentes Dios se relaciona con la Iglesia y no con ningún otro cuerpo colectivo.

Antes de la Cruz, el ministerio de nuestro Señor excluía al gentil por regla general, siendo dirigido específicamente al judío. Un ejemplo de esto lo tenemos en Mateo 10.5,6: “... por camino de gentiles no vayáis ...” Su propósito ahora en cambio es mayormente el de “tomar de ellos —los gentiles— un pueblo para su nombre”, Hechos 15.14. Como el apóstol Pablo

dijo claramente en su escrito a los romanos, “ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. Hasta que se complete la formación de la Iglesia, Israel no está contemplado en el programa divino. Antes de Hechos capítulo 2, Israel era el escogido de Dios, Isaías 45.4, pero durante la época actual sus elegidos son los miembros de esta Iglesia: “vosotros sois linaje escogido”, 1 Pedro 2.9; “¿quién acusará a los escogidos de Dios?” Romanos 8.33; “escogidos de Dios, santos y amables”, Colosenses 3.12. Por supuesto, en un día futuro Israel será nuevamente el escogido y bendecido de Dios: “En cuanto a la elección, son amados por causa de los padres”, Romanos 11.28; “Vosotros sois llamados sacerdotes de Jehová...” Isaías 61.6; “El amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada”, 62.4. Pero las bendiciones futuras de Israel no pueden presentarse hasta que termine el paréntesis actual en la relación de Dios con la nación, lo cual ocurrirá cuando los creyentes, los escogidos, sean arrebatados a estar con el Señor.

Era la expectativa de los primeros creyentes que el paréntesis sería relativamente breve y que el Señor volvería a la tierra muy pronto para encontrarse con Israel, ya arrepentido, y establecer su reino terrenal; véase, por ejemplo, Hechos 3.19 al 21 (“para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado”) No sólo los apóstoles sino los creyentes de las generaciones próximas en la iglesia primitiva enseñaban el pronto regreso premilenario del Señor.

Las Escrituras no especifican la duración de esta dispensación. Muchos afirman que las cartas a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3 constituyen un resumen de la historia de la Iglesia, correspondiendo cada carta al carácter no sólo de una asamblea en la Asia Menor sino a un período en la historia de la Iglesia. Si hay algo de cierto en esta interpretación, el hecho de que ya han habido siete etapas en la historia de la Iglesia es un indicio de que la época está llegando a su fin.

2 Timoteo 3.1 al 5 habla de los tiempos peligrosos de los postreros días. Es evidente la semejanza entre las condiciones que se describen allí y las condiciones que imperan en el mundo de hoy, y esto ha convencido a muchos que el fin de la dispensación no está lejos.

La esperanza

La esperanza constante de la Iglesia ha sido el regreso de su Señor. “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo”, Filipenses 3.20. “Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo”, 1 Tesalonicenses 1.10.

La fecha exacta de la venida del Señor no ha sido dada. A Pedro el Señor le dejó saber que ese discípulo iba a morir antes de aquella venida, Juan 21.18,19, 2 Pedro 1.14, pero en cambio la opinión corriente entre los discípulos era que Juan estaría aún vivo en la ocasión de aquella venida. Juan 21.23. Parece que Pedro esperaba que el regreso del Salvador no tardaría mucho, Hechos 3.19 al 21, pero Pablo sabía por revelación que le esperaba tribulación y muerte, Hechos 21.11, 2 Timoteo 4.6.

Estos y otros escritores inspirados predecían disensión en la Iglesia y apostasía de la verdad. Consideremos Hechos 20.29,30 (“Entrarán en medio de vosotros lobos rapaces”), 1 Timoteo 4.1 al 3 (“algunos apostatarán de la fe”), 2 Timoteo 3.1 al 5 (“en los postreros días vendrán tiempos peligrosos”), 2 Pedro 2.1 al 3, (“habrá entre vosotros falsos maestros”) y Judas 18 (“en el postrer tiempo habrá burladores”). Es claro, pues, que el segundo advenimiento no era de esperarse inmediatamente después de la ida de nuestro Señor, sino que hacía falta el cumplimiento de ciertos acontecimientos antes de su regreso.

A la vez, debe haber sido muy concebible para los creyentes de la antigüedad que aquellos acontecimientos se produjeran dentro de un lapso de tiempo corto y que no había por qué suponer una demora significativa. No es sólo que los líderes de la iglesia en sus días primitivos creían en el regreso premilenario del Señor, sino que creían que estaba por

sucedir, y por lo tanto ellos le esperaban en sus propios días. La iglesia del primer siglo vivía en la expectativa constante de este regreso; ² se sabía que Él venía pero no se sabía cuándo, así que convenía la vigilancia perpetua. Como decía Calvino, esta circunstancia les animaba a los creyentes a esperarle cada día, o mejor, cada hora.

La gran tribulación

Es claro por la profecía bíblica que el regreso de nuestro Señor a esta tierra como Rey será precedido por una temporada de juicio sin paralelo, cuando la ira de Dios será vaciada sobre los culpables; véase Apocalipsis 6 al 16. Tan terrible será esa época que el Maestro se refirió a ella como una “gran tribulación, cual no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora”, Mateo 24.21.



A menudo se oye decir que el cristiano verdadero no puede esperar que Cristo venga hasta que el mundo haya sufrido este período de angustia. En otras palabras, dicen, por lo menos algunos creyentes deben pasar por la gran tribulación. Sin embargo, es evidente que este período de ira y juicio corresponderá más bien a los que no han creído, y nada tiene que ver con la Iglesia: Romanos 1.18 (“la ira de Dios se revela desde el cielo contra ... hombres que detienen con injusticia

la verdad”), Efesios 2.3 (“éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”), Efesios 5.6 (“por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia”), 2 Tesalonicenses 1.8 (“para dar retribución a los que no conocen a Dios”).

Es cierto que la Iglesia debe esperar tribulación en este mundo: Juan 15.20 (“si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán”), Juan 16.33 (“en el mundo tendréis aflicción”), Romanos 5.3 (“nos gloriamos en las tribulaciones”). Con todo, el creyente del tiempo presente ha sido salvado de la ira venidera, y la misma no le corresponde: 1 Tesalonicenses 1.10 (“esperar de los cielos a su Hijo ... quien nos libraré de la ira venidera”), 1 Tesalonicenses 5.9 (“no nos ha puesto Dios para ira”), Romanos 5.9 (“por él seremos salvos de la ira”).

En lo que al mundo se refiere, el estallido del día de la ira (“el día del Señor” al cual tantos profetas del Antiguo Testamento se aluden como un período de juicio) vendrá “como un ladrón en la noche”, pero todos los cristianos son “hijos de luz e hijos del día” y por lo tanto no les sorprenderá como ladrón, 1 Tesalonicenses 5.2 al 5.

La ira de Dios está sobre el incrédulo, Juan 3.36, y por inferencia el creyente está libre de ella. Como dice cierto escritor: “Es inconcebible que la Iglesia sea sujeta a la ira de Dios. La Palabra de Dios es muy clara en su enseñanza que aquellos que han encontrado la salvación por medio de la sangre de Cristo son librados para siempre de la ira de Dios que se revelará desde el cielo contra toda impiedad e injusticia”.

En Apocalipsis 3.10 nuestro Señor prometió específicamente que los creyentes en Filadelfia serían guardados “de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”. La palabra griega usada aquí para *morar* es *katoikéo* y es un término fuerte. Se emplea para describir la plenitud de la deidad que estaba en Cristo, Colosenses 2.9. Se emplea también al referirse a la presencia de Cristo en el corazón de un cristiano, Efesios 3.17, y de los demonios que vuelven para posesionarse de un todo de una persona, Mateo 12.45, Lucas 11.26. Hay que distinguir entre esta palabra y *oikes*, que es la expresión general para *morar*, y *paroikes*, que significa una presencia pasajera. ³

Así, el juicio a que se refiere Apocalipsis 3.10 está dirigido contra aquellos de aquel entonces que se habrán ambientado en el mundo como si fuera su morada definitiva y se han

identificado con su comercio y religión. ⁴ Esta descripción no corresponde al creyente, ya que su llamamiento y ciudadanía son celestiales y no terrenales. La promesa no fue cumplida en el tiempo de la iglesia de Filadelfia y por tanto debe referirse al futuro.

Otra teoría

Una teoría más novedosa es que la Iglesia será arrebatada al cabo de la primera mitad de la última “semana” profetizada en Daniel 9.27. Esta teoría de la “media tribulación” enseña que la Iglesia debe pasar por el “principio de dolores” de Mateo 24.8 pero no por las horas más tenebrosas de la tribulación en sí. Es aun menos lógica que la teoría discutida arriba, ya que requiere una operación en paralelo del programa divino para la Iglesia y el programa para Israel.

No hay que olvidarse de que las expectativas para la Iglesia son celestiales. La gran tribulación es de relevancia especial para Israel y tiene como propósito la preparación de aquella nación para la venida del Mesías: Jeremías 30.7 (“tiempo de angustia para Jacob”), Ezequiel 20.37 (“os haré entrar en los vínculos del pacto”), Daniel 12.1 (“será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro”), Zacarías 13.8,9 (“diré, Pueblo mío”).

La venida del Señor se presenta a la Iglesia como una esperanza alentadora, Tito 2.13 (“la esperanza bienaventurada”), Santiago 5.7,8 (“espera el precioso fruto”), y como una fuente de consuelo, 1 Tesalonicenses 4.18 (“alentaos los unos a los otros”), 5.11 (“animaos”), 2 Tesalonicenses 2.17 (“conforte vuestros corazones”).

A la vez, se la presenta como algo a punto de acontecer: Santiago 5.8 (“la venida del Señor se acerca”), Apocalipsis 22.20 (“ciertamente vengo en breve”), Hebreos 10.37 (“vendrá, y no tardará”). Estas descripciones no serían nada acertadas si la perspectiva de la Iglesia fuera un periodo de sufrimiento y juicio sin paralelo.

El retiro

Antes de que venga el día del Señor, declara 2 Tesalonicenses 2.3, vendrá “la apostasía” y se manifestará el hombre de pecado. *Apostasía* es la traducción dada en la mayoría de nuestras biblias a la expresión griega *hee apostasía*. Por lo regular esta expresión significa una deserción o rebelión, pero puede traducirse también como una desaparición o partida.

Algunos ⁵ sugieren que el versículo no se refiere a una apostasía de la fe sino al traslado de la Iglesia de este mundo. *Apostasía* se derive de la raíz *afisteemi* que significa el hecho de removerse o ausentarse. Se encuentra quince veces en el Nuevo Testamento y en la gran mayoría de los casos se traduce como un retiro. Así, creen algunos estudiosos, la idea en Tesalonicenses sería una remoción en particular, a saber, la ida de la Iglesia.

Sea así o no, es obvio que la presencia de la Iglesia en este mundo, cual sal de la tierra como dice Mateo 5.13, es un obstáculo a la extensión de la corrupción, y que su irrupción absoluta va a estar impedida mientras que la Iglesia esté presente.

2 Tesalonicenses 2.6,7 indica que la manifestación del hombre de pecado no es posible hasta que la influencia que impide sea quitada (“sabéis lo que detiene”). Uno y otro alega que lo que detiene es el imperio romano, el Estado de Israel, el diablo, el dominio gentil, o la Iglesia. Empero, es evidente que este poder limitante es el Espíritu Santo. Ningún otro es capaz de detener el mal de la manera que Él lo hace; sabemos que una de sus funciones es la de luchar contra el pecado, Génesis 6.3.

Así, el Espíritu y la Iglesia en la cual Él mora deben ser quitados antes de que el hombre de pecado aparezca. Aparentemente se manifestará al comienzo de la semana 70 de Daniel capítulo 9.

La venida al aire

El día del Señor —o sea, el período de la ira de Dios— terminará con el regreso de Cristo en poder y majestad: Zacarías 14.1 al 5 (“se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos”) y Mateo 24.29,30 (“aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo”). Nuestro Señor prometió llevar a sus seguidores al cielo en su venida, pero sabemos que cuando venga a manifestarse en poder, su pueblo redimido ya habrá estado con él: 1 Tesalonicenses 3.13 (“la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos”) y Apocalipsis 19.14 (“los ejércitos celestiales ... le seguirán”). Obviamente, pues, ese pueblo ha sido arrebatado anteriormente.

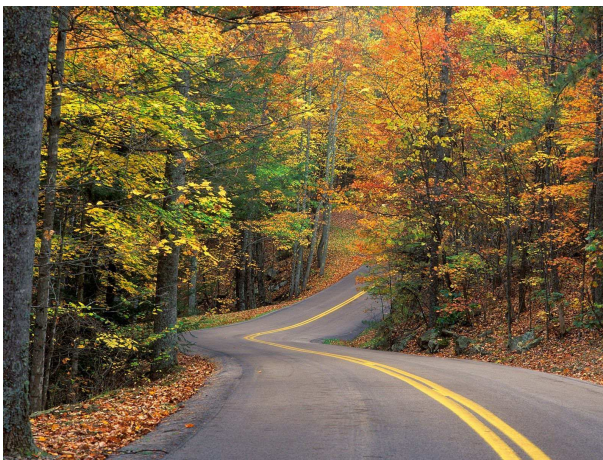
En 1 Tesalonicenses 4.14 al 17 el apóstol Pablo da la explicación: El Señor descenderá al aire, los muertos en Cristo serán resucitados, y todos los creyentes muertos serán arrebatados con aquellos que estén vivos, para así encontrar al Señor en el aire y estar luego para siempre con él. Además, en 1 Corintios 15.51,52 él revela que no todos los creyentes van a morir, pero que todos —vivos o muertos— serán transformados al instante. Esto no fue revelado en el Antiguo Testamento.

La época de la Iglesia comenzó con Pentecostés y terminará con el traslado repentino de todos los que son de Cristo, y esto sucederá antes de la reanudación de la relación de Dios con Israel y antes del cumplimiento de aquellas profecías del Antiguo Testamento que están pendientes de realización.

A menudo se enseña que los patriarcas del Antiguo Testamento serán levantados en la misma ocasión que los creyentes ya muertos, pero la frase *los muertos en Cristo* obviamente excluye a aquéllos. La expresión *en Cristo* se emplea uniformemente en el Nuevo Testamento con referencia a los que han sido bautizados por el Espíritu Santo para formar parte del cuerpo espiritual de Cristo. Ella nunca se refiere a los santos del Antiguo Testamento, y la resurrección de los tales no se realizará hasta el final de la gran tribulación. ⁶

La trompeta

A veces se afirma que la trompeta de 1 Tesalonicenses 4.16 y 1 Corintios 15.52 es idéntica con la séptima trompeta de Apocalipsis 11.15. Sin embargo, las trompetas del Apocalipsis son de ira, mientras que la de las cartas de Pablo es de bendición. Tampoco puede ser la



Mateo 24. 31, que tiene que ver con la reunión de Israel (“... se tocará con gran trompeta, y vendrán los que habían sido esparcidos ...” Isaías 27.13).

Al hablar de la trompeta en relación con la venida del Señor, Pablo está empleando lenguaje militar, al igual que en otras partes de los dos pasajes. Por ejemplo, en 1 Corintios 15.23 él habla del orden o brigada, y en 1 Tesalonicenses 4.16 de la voz de mando. Cuando el ejército romano iba a marchar, a la primera trompeta los soldados preparaban sus pertrechos; a la segunda, amarraban su equipaje sobre las mulas; a la tercera y última trompeta se comenzó la marcha en sí. El apóstol, pues, emplea una expresión muy apropiada y fecunda.

Historia

Varios escritores han afirmado que la idea de un raptó de la Iglesia antes de la tribulaci3n se origin3 en 1832 en Londres.⁷ Otros dirían 1830.⁸ No hay por qué hablar así, por cuanto nos parece claro que los cristianos en Tesal3nica recibieron esta enseñanza del propio ap3stol Pablo.

Un estudio del progreso de las enseñanzas de la fe revela que la Iglesia prest3 atenci3n primeramente a la apolog3tica (las pruebas fundamentales de la verdad) y luego a la teologí (el estudio de Dios y sus atributos, o “la fe”). La atenci3n de los estudiosos lleg3 a concentrarse en la antropologí (el estudio del ser humano) y la así llamada cristologí; después ellos se interesaron por la doctrina de la salvaci3n (llamada por algunos la soterologí) y la eclesiologí, o la doctrina de la Iglesia. Fue sólo en el siglo 19 que se comenz3 a prestar mucha atenci3n a la escatologí (las doctrinas relevantes al futuro; la profecí en el sentido moderno).

Los escritos de los primeros líderes de la Iglesia ponen en evidencia que en aquellos tiempos “primitivos” se creía firmemente en la venida pronta y premileniaria. Es cierto a la vez que ellos no tratan el tema en detalle; fue en los años 1800 que los que estudiaban la Biblia de cerca recibieron una mayor comprensi3n del programa divino.

Un arrebatamiento incondicional

Hay una enseñanza que las bendiciones futuras del creyente dependen de su vigilancia y fidelidad, y que por lo tanto no todos serán llevados cuando el Señor venga al aire.⁹ Según dicen algunos, irán a estar con Cristo sólo las personas que estén aguardando su venida y por esto escuchen su voz. Los demás creyentes, se dice, se quedarán sobre la tierra para ser castigados en los sufrimientos crueles de la gran tribulaci3n.

Uno ha escrito, por ejemplo, que “aquéllos que van a ser trasladados tendrán que hacerse dignos para esto. No se trata de un obsequio sino de un premio por ganarse en el poder del Señor con base en frutos, conducta y obras después de la conversi3n”.¹⁰ Pero en realidad el Nuevo Testamento enseña claramente que los premios por servicio se otorgarán ante el tribunal de Cristo.

Estos se describen, por ejemplo, como una corona de vida o de gloria, pero no deben ser confundidos con el raptó en sí: 1 Corintios 9.25 (“recibir una corona ... incorruptible”), 2 Corintios 5.10 (“para que cada uno reciba según haya hecho mientras estaba en el cuerpo”), 2 Timoteo 4.8 (“me está guardada la corona de justicia”), Santiago 1.12 (“recibirá la corona de vida”), 1 Pedro 5.4 (“la corona incorruptible de gloria”), Apocalipsis 2.10 (“te daré la corona de vida”).

La relaci3n del creyente a Cristo se basa desde el principio hasta el final en la gracia, pero la teorí de un arrebatamiento selectivo insiste en las obras como la base para que el creyente vaya a encontrarse con su Señor. Uno que escribe sobre el tema dijo: “Todos los pasajes que tratan de ... los requerimientos para ser llevados cuando el Señor venga afirman que la vigilancia y dignidad personal son esenciales. Sólo la virgen preparada entr3 según Mateo 25; sólo el padre de familia cuidadoso escapa del ladr3n en Lucas 17. Por tanto, también vosotros estad preparados ... La inferencia natural de las palabras de nuestro Señor es que una falta de vigilancia de parte de él que se queda es la raz3n por la cual el tal no será llevado.”¹¹

Sin embargo, un estudio de estos versículos conduce a la conclusi3n de que ellos no tienen que ver con el regreso de Cristo para la Iglesia sino a su venida cual Hijo del Hombre a juzgar. Es más: no faltan escrituras que muestran claramente que el traslado del creyente no

depende de su vigilancia: 1 Tesalonicenses 1.9,10 (“esperar de los cielos a su Hijo ... quien nos librará”), 2.19 (“esperanza ... gozo ... corona ... en su venida”), 5.4 al 11 (“no estéis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda”), Apocalipsis 22.12 (“yo vengo pronto ... para recompensar”).

Es clara la afirmación del apóstol: Ya sea que veamos, o que durmamos, vivamos juntamente con él, 1 Tesalonicenses 5.10. No es cuestión de vigilancia sino de gracia.

El pecador es justificado por la obra de Cristo, hecho aceptable ante Dios, puesto posicionalmente en Cristo para ser recibido por Dios como si fuera el Hijo mismo. El que tiene esta relación perfecta en Cristo nunca podrá ser menos que completamente aceptable para con Dios. ¹² La teoría de un raptó parcial o condicional minimiza el hecho de que ésta sea la posición del cristiano, e insiste más bien en una santidad personal y experimental como su calificación para ser arrebatado a encontrarse con el Señor.

Escrituras mal interpretadas

Las personas que abogan esta teoría de un raptó parcial suelen citar escrituras que no son estrictamente relevantes. Por ejemplo, ellos suponen que Lucas 21.36 tiene que ver con creyentes descuidados: “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y estar en pie delante del Hijo del Hombre”. Pero es claro que el pasaje tiene que ver con el período de la gran tribulación; lo que se debe evitar allí es el juicio asociado con el día del Señor.



Mateo 24 habla de uno tomado y otro dejado, pero en un discurso sobre las experiencias futuras de Israel, que nada tiene que ver con la Iglesia o el creyente de nuestros tiempos. Filipenses 3.10 al 12 se cita con frecuencia como para probar que no todos los cristianos participarán en la primera resurrección: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección”). Este pasaje se refiere a las experiencias espirituales de la vida presente y no al logro de ser incluido en la primera resurrección. La frase *cada uno en su debido orden* en 1 Corintios 15.23, escrita con

referencia a la resurrección, se ofrece a veces como evidencia de que los varios miembros de la Iglesia serán levantados en diferentes ocasiones según el grado de su fidelidad a Cristo. Es claro que las palabras se refieren más bien a la resurrección como un conjunto y no meramente a la Iglesia.

No hay afirmación alguna de que la Iglesia no será quitada íntegramente. Los creyentes del tiempo presente son miembros del cuerpo de Cristo, como leemos en 1 Corintios 12.12,13 y Efesios 5.30. Este cuerpo espiritual es una unidad y a él se dan promesas como tal; el Señor en su venida no va a llevar consigo a un miembro desmembrado sino uno entero. Nuestra posición ante Dios no depende de nuestro mérito o moral, ni de fidelidad o vigilancia. Ella depende de la obra de Cristo; nuestra esperanza de ser quitados de aquí depende de sus promesas y no de nuestros esfuerzos.

También se citan pasajes como Tito 2.13 (“aguardando la esperanza bienaventurada”) y Hebreos 9.28 (“aparecerá por segunda vez ... para salvar a los que le esperan”). Estas escrituras no apoyan la idea de un raptó selectivo sino indican la actitud apropiada para todo creyente. Ellas no dan a entender que el hecho de tener la esperanza es una condición necesaria para que uno sea llevado por el Señor.

No sería provechoso examinar todos los textos que se usan como argumentos para apoyar la teoría; muchos de ellos no vienen al caso, y ninguno parece constituir una base sólida para la idea.

Es preocupante reconocer que la doctrina de un arrebatamiento parcial prácticamente hace necesario que uno acepte la doctrina romana del purgatorio. Uno tiene que reconocer que muchos creyentes han muerto, según parece, en la condición imperfecta que caracterizará — según nos dicen— aquellos que en la venida de Cristo se quedarán sobre la tierra para ser purificados por la gran tribulación. Salvo que en el mismo momento de la muerte ellos hayan padecido castigo adecuado como para purificarse al estado de los que supuestamente van a quedarse para la gran tribulación, uno tendría que llegar a la conclusión de que haría falta una especie de purgatorio para estos muertos que eran incumplidos.

Es de suponer que el ladrón que murió al lado del Señor era un creyente muy imperfecto e ignorante. Pero el Señor le dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. La Iglesia está unida inseparablemente a su Cabeza, y cuando Él aparezca todo creyente, vivo o muerto, será recogido para encontrarse con él en el aire. Es esto que esperamos y aguardamos, y creemos que la espera no será larga.

Después del rapto

El rapto de la Iglesia debe ser seguido por un examen de la vida y obra del cristiano. Esto se efectuará en el tribunal de Cristo como un paso preliminar y obligatorio antes del maravilloso acontecimiento que se describe en el Apocalipsis como las bodas del Cordero. Un matrimonio hebreo se realiza en tres etapas: ¹² (1) la unión legal acordada por los padres del varón y la mujer; (2) el novio conduce la novia a la casa de sus padres; (3) la cena o fiesta nupcial.

La mayoría de los estudiantes del griego toman la palabra griega *gámos* en Apocalipsis 19.7 como “fiesta de matrimonio”. El desposorio ya se efectuó: 2 Corintios 11.2 (“os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo”) y Romanos 7.4 (“habéis muerto ... para que seáis de otro”), y el Esposo vendrá pronto a buscar a su esposa.

La fiesta se realizaba en el hogar de novio y sus padres. De la misma manera, entonces, nuestro Señor declaró que iba a preparar un lugar en la casa de su Padre y luego vendría por su desposada, Juan 14.2,3. En la ocasión de la fiesta venidera, la esposa se vestirá de “las acciones justas de los santos”. Los hechos que glorificaron a su Señor durante la estadía de la Iglesia sobre la tierra constituirán su vestido matrimonial en el día feliz de sus nupcias.

La unión es, por supuesto, un testimonio público a los habitantes de las alturas celestiales del amor de Cristo para su Iglesia y su propósito de compartir con ella toda su gloria y todos sus bienes. Cuando Él salga en poder y gloria, su amada le acompañará. En un día que está por venir, Cristo será supremo en toda la vasta creación de Dios, y la Iglesia participará eternamente en su gloria.

¹ Campbell Morgan ^{2, 3} H. C. Thiessen, *Will the Church pass through the tribulation ?* ⁴ Thayer ⁵ K.S. Wuest, *Prophetic light in the present darkness*; E.S. English, *Rethinking the rapture* ⁶ Daniel 12.1,2 ^{7,8} Emily Casdale, Margarte McDonald, Rev. Tweedy ⁹ Robert Govett, *Entrance into the kingdom* ¹⁰ G. H. Pember ¹¹ D.M. Panton ¹² Dwight Pentecost, *Things to come*